

Sobre la guerra
León Trotsky
24 de octubre de 1912

(Versión al castellano desde “À propos de la guerre”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 85-86 y 463-464 para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 295, 24 de octubre de 1912.)

I

En su camino hacia Andrinópolis, que los serbios llaman Edirne, la división Timok del ejército serbio pasó por Sofía. Estas tropas ya habían entrado en acción en Kumanovo y Stip. La mitad de los hombres llevaban botas turcas, trofeos de guerra ganados en Kumanovo y otros lugares. Los abrigos, el equipo personal, los cuchillos y el tabaco de muchos de los soldados serbios tenían del mismo origen. Uno de ellos me enseñó su fusil de tiro rápido. Se lo habían entregado, nuevecito, al comienzo de la guerra y, dos días después, ya estaba hecho pedazos.

La primera reforma que los aliados se verán obligados a emprender en Macedonia después de la guerra, antes incluso de que se tomen medidas, será la modernización del ejército. Hoy se exige un esfuerzo excepcional a los recursos materiales del país; importantes políticos búlgaros y expertos en asuntos financieros se consuelan pensando que la guerra, al resolver la cuestión macedonia¹, permitirá a Bulgaria aligerar la terrible carga de sus gastos militares. Pero este punto de vista no tiene ninguna base seria. La prensa de las grandes potencias, encabezada por Austria y Alemania, canta las alabanzas del nuevo poder militar creado por la unión de los ejércitos balcánicos aliados. Estas setecientas u ochocientas mil bayonetas victoriosas influyen en las bolsas y en la diplomacia de Europa. Los equilibrios europeos deberán tener en cuenta este ejército de tres cuartos de millón de bayonetas; la actitud de las grandes potencias hacia los aliados balcánicos, y viceversa, se basará en este nuevo condicionante. Habiendo situado el peso militar de Bulgaria, Serbia y Grecia en otro nivel, la diplomacia europea no les permitirá reducirlo. No cabe duda: la guerra tendrá el efecto de someter todos los recursos materiales de la península balcánica a una nueva presión.

II

Los soldados serbios, en marcha hacia Edirne, son intrépidos y orgullosos. Este largo viaje les permite recuperar el aliento antes de las batallas que se avecinan. Con la vivacidad característica de los serbios, los soldados intercambian bromas con la multitud de curiosos, que, por cierto, hablan una lengua que les es familiar.

- “Yo también estoy en contra de la guerra, como muchos de mis compañeros”, me dijo un socialista serbio en Belgrado. Pero la guerra es una realidad y, a diferencia de mis camaradas, no puedo ignorar el hecho de que tiene un impacto significativo en la conciencia de la gente. En mi opinión, la “confraternización” en curso entre los ejércitos búlgaro y serbio debe considerarse un acontecimiento de gran importancia, porque no se trata de ejércitos mercenarios, sino de pueblos en armas. Creo que la hostilidad entre Serbia y Bulgaria pende sobre la península balcánica como una maldición. Después de esta batalla, que unirá moral e indisolublemente a estos pueblos en armas, ninguna política que fomente la hostilidad entre estas dos naciones, vecinas estrechamente relacionadas, podrá tener éxito. Guste o no a los círculos gubernamentales, esta hermandad nacida en los campos de batalla es el primer pilar de la federación balcánica, que se basará en los pueblos, no en las dinastías ni en la diplomacia.

- “Está basando su argumento en factores psicológicos imponderables”, objetaron otros. “No podemos decir qué giro tomarán los acontecimientos en un futuro próximo. No sabemos cuánto durará esta “confraternización”. ¿Quién puede garantizar que, en caso de victoria, pero también en caso de derrota, los dos ejércitos, a pesar de haber fraternizado, no se lanzarán el uno contra el otro?”

¹ *La cuestión macedonia*. Es una de las más complicadas del ya de por sí complejo mosaico étnico balcánico. El nacionalismo balcánico, las rivalidades confesionales y la lucha entre las grandes potencias imperialistas no hicieron más que complicar aún más la cuestión macedonia durante el siglo XX. A finales del siglo XIX, cuando se había definido el proceso de formación de los estados balcánicos, Macedonia seguía siendo una provincia turca habitada por musulmanes y zimî [los súbditos “protegidos”, no creyentes, del sultán], estos últimos indistintamente vinculados a su pertenencia común al *Rûm* [el Imperio Romano-Bizantino] y a su dependencia del Patriarca Ecuménico de Constantinopla. El comienzo de la disolución del Imperio Otomano, las maniobras de las cancillerías europeas y los planes expansionistas de las nuevas pequeñas potencias balcánicas, hicieron de Macedonia el escenario de una lucha en la que todos los golpes estaban permitidos. Las principales armas de este enfrentamiento, sobre todo en la primera fase, fueron las iglesias y las escuelas. Las Iglesias nacionales rumanas, serbias y búlgaras, separándose del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla (liturgia griega), adoptaron en fases sucesivas liturgias en diversas lenguas nacionales y se convirtieron en un útil instrumento de influencia y educación patriótica para los objetivos expansionistas de los nuevos estados balcánicos. Además de las iglesias, existían escuelas controladas por sociedades patrióticas para la defensa y difusión de las lenguas nacionales. Esta lucha entre las Iglesias y las escuelas tuvo efectos devastadores y contradictorios. G. Castellan escribe que “se desarrolló una verdadera guerra escolar entre las escuelas griegas, búlgaras, serbias e incluso valacas... los observadores de la época señalaban con ironía que los padres griegos tenían un hijo “búlgaro” porque había asistido a una escuela exarchista donde había aprendido la lengua, la historia y la cultura de los búlgaros, mientras que un padre búlgaro veía cómo su hijo se convertía en griego gracias a la escuela patriarcal, o en serbio gracias a los profesores enviados por Belgrado” (*Histoire des Balkans*, pag, 351, Fayard, París, 1991). La gran confusión producida por esta lucha explica también la heterogeneidad de las estadísticas. Dependiendo de si la fuente era búlgara, griega o serbia, la composición étnica de los territorios macedonios cambiaba radicalmente. Según Sofía, en 1914 había 1.200.000 búlgaros en Macedonia, medio millón de turcos y 230.000 griegos. Según Atenas, había 650.000 griegos, 330.000 búlgaros y 634.000 turcos. Según Belgrado, había dos millones de serbios, 230.000 turcos, 200.000 griegos y 57.000 búlgaros. La cuestión se complicaba aún más por la presencia de una gran minoría albanesa y de comunidades más pequeñas de valacos y judíos. Además, en los primeros años del siglo XX se produjo una escisión entre los búlgaros de Macedonia y los eslavos macedonios, que exigían la creación de un estado macedonio independiente. Nota editor francés.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es